



# Mujeres universitarias argentinas

Hacia un horizonte inclusivo:  
avances y brechas de género

Zulma Gabriela Gastaldo  
Carolina Viviana Rivela Viladesau  
Compiladoras

**UFLO**  
UNIVERSIDAD

# Un mundo diseñado para ellos: el saber como patrimonio masculino

María Alejandra Alesso y Lorena Pugliese

Durante siglos, el conocimiento superior fue un ámbito privado, exclusivo y celosamente custodiado por el hombre. Las bibliotecas, las academias y los centros de estudio se construyeron pensando en ellos, como si la inteligencia y la curiosidad fueran virtudes masculinas por naturaleza. La universidad, vector de saberes ancestrales supuestamente elaborados por varones, se erigía bajo la premisa cultural de que la mujer no solo era intelectualmente inferior, sino que su destino legítimo era ser la “reina del hogar”, el “ama de la casa”, circunscribiendo su ámbito de desarrollo en lo hogareño o bien la vida religiosa.

Sin embargo, a contracorriente de esa tradición, existieron mujeres que se abrieron paso y desafiaron los límites que la sociedad les imponía.

Muchas de ellas quedaron escondidas en las sombras de la historia, pero aun así enseñaron, discutieron ideas, copiaron manuscritos, tradujeron libros y sostuvieron espacios de estudio cuando nadie invitaba a que las mujeres pensarán por fuera del hogar. En silencio se fueron abriendo camino donde antes solo había carteles de prohibido pasar, o de la vuelta a la esquina, o regrese por donde vino.

Gracias a estas insistentes mujeres que se animaron a preguntar, a aprender y a enseñar, aunque no había un lugar reservado para ellas, hoy sabemos que el conocimiento siempre encuentra la manera de abrirse paso. Hoy entendemos que ninguna prohibición alcanzó para detener la fuerza de una idea cuando nace del deseo del saber y del crecer. Estas mujeres fueron las que, sin saberlo, empezaron a correr los límites para que otras pudiéramos seguir caminando.

Entre ellas, Hipatia de Alejandría (IV-V d.C) brilla como la primera gran luz femenina del pensamiento antiguo. Fue educadora de Homero y Platón durante el reinado de Teodosio II. Enseñó matemática, astronomía y filosofía en una de las ciudades más importantes y la cual era el corazón del saber del mundo antiguo, formando a jóvenes de distintas creencias y estratos, en aquellos tiempos en que la voz femenina no tenía lugar y menos aún en el ámbito intelectual.

Hipatia (su nombre significa la más grande) defendió la libertad de pensar y el derecho a la sabiduría por encima de las imposiciones religiosas y políticas de su época. Como ella misma habría dicho a sus discípulos, “Defiende tu derecho a pensar, porque incluso pensar de manera errónea es mejor que no pensar”.

A veces es posible pensar que Hipatia no solo enseñaba matemática o filosofía, sino que nos enseñaba, sin saberlo, a no agachar la cabeza frente a lo que intenta apagarnos. Su figura sigue viva porque cada vez que una mujer se anima a preguntar, a dudar o a pensar por fuera del molde, ahí en nuestro corazón late algo del corazón de Hipatia.

Recordar su vida y su legado es reconocer que el conocimiento nunca debió, ni debe tener género. Hipatia nos recuerda que el saber no se reclama, sino que se sostiene con valentía, con esfuerzo, con

esa mezcla de curiosidad y humanidad que todavía hoy buscamos en las aulas.

Hipatia eligió pensar, eligió enseñar, eligió levantar la voz incluso cuando sabía que iba a costarle la propia vida.

También así lo expresaba sor Juana Inés de la Cruz, en su respuesta a las recriminaciones del obispo de Puebla, bajo el nombre de Sor Filotea, por no dedicarse a temas de estudio religiosos:

Yo confieso que me hallo muy distante de los términos de la sabiduría y que la he deseado seguir, aunque... Pero todo ha sido acercarme más al fuego de la persecución, al crisol del tormento, y ha sido con tal extremo, que han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio. Una vez lo consiguieron con una Prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición y me mandó que no estudiase.

Estas descripciones de sor Juana, escritas en 1690, siguieron vigentes por siglos.

Esta ideología, arraigada en los valores conservadores, continuó en los siglos XVIII y XIX, siendo el más grande muro que las pioneras tuvieron que derribar. A pesar de que la ley en muchos países latinoamericanos no prohibía explícitamente el ingreso femenino a la universidad, las determinaciones culturales veían la presencia de una mujer en un aula era como una amenaza al orden social.

En este contexto, en Italia, María Montessori decidió desafiar silenciosa pero firmemente esas barreras. Nacida en 1870, fue la primera mujer médica de su país, aunque su verdadera pasión fue la educación. Observó a los niños con determinación y descubrió que aprender no es obedecer instrucciones, sino despertar curiosidad, acompañar intereses y fomentar autonomía. Montessori no solo enseñaba, transformaba la manera en que se entendía la educación. Su enfoque afirmaba que la inteligencia y la creatividad no tenían género, que la capacidad de aprender y pensar era universal.

Montessori convirtió cada aula en un pequeño laboratorio de libertad y respeto. En este sentido, afirmaba: “La mujer tiene derecho a la educación, porque en su educación está la clave del porvenir de la humanidad”.

Hoy, el método Montessori se aplica en escuelas de todo el mundo, pero detrás de cada actividad, cada material y cada aula, permanece la huella de aquella mujer que se atrevió a estar donde la sociedad decía que no podía.

A veces, cuando volvemos a leer la historia de Montessori, pensamos en la enorme soledad que habrá sentido al animarse a mirar la educación desde un lugar tan diferente cuando nadie más se atrevía.

Había algo en ella que iba más allá del método o la innovación pedagógica, era su sensibilidad para entender a los niños como seres capaces, también invisibilizados y vulnerables como las mujeres de la época. Vio a los pequeños bajitos como seres completos, llenos de mundo propio que necesitaban ser escuchados. No les hablaba de obediencia, sino de experiencia, de respeto. No los modelaba a su imagen y semejanza, sino que los acompañaba en su crecimiento. Ese gesto, tan simple y tan revolucionario a la vez, abrió una puerta que todavía hoy seguimos cruzando en la magia del aula. Cada aula que de manera silenciosa, o mejor dicho ruidosa, porque así son los niños, lleva algo de coraje, de deseo profundo de creer que aprender es una experiencia de libertad.

Su legado se sostiene hoy en cada idea tan humana y tan verdadera como cuando un niño, una niña, una mujer encuentra en el aprender un espacio para ser.

Aún sin tener un lugar asignado en el mundo del saber, Christine de Pizan encontró la manera de hacerse un espacio. Ella representa ese momento casi imperceptible en que una mujer de la Edad Media decide que la palabra puede ser su refugio, su territorio y su herramienta de transformación. Christine es una de esas figuras que nos obligan a detenernos y reconocer que el deseo de aprender, crear y pensar también nació en nosotras y vive latente desde hace siglos.

De Pizan no llegó a la escritura desde la comodidad, ni desde el privilegio intelectual, sino que la vida la enfrentó temprano al dolor, a la pérdida de su esposo y a la responsabilidad de mantener una familia. Cuando la mayoría hubiera callado o se hubiera resignado, ella hizo todo lo contrario buscando en los libros la reflexión y la forma de sostenerse y sostener a su familia. Es así que se convirtió en la primera mujer europea que logró vivir de lo que escribía, hecho que para su tiempo era un acto profundamente disruptivo.

Lo valioso y poderoso de Christine no solo era que escribiera, sino que se revelaba al discurso de la época donde se decía que las mujeres eran incapaces, volubles, vulnerables. Ella decidió responder desde la inteligencia y desde la imaginación en su obra más conocida, *La ciudad de las damas*, siendo más que un libro, un discurso político.

Christine imagina allí una ciudad simbólica construida por mujeres y para mujeres, dando valor a la feminidad. Lo que hace más valiosa a su obra no es la confrontación contra las ideas del momento, sino la claridad y análisis que desarman prejuicios sin acusar. Su palabra se vuelve resistencia suave, cálida, femenina pero firme, atreviéndose a escribir “Estamos aquí, pensamos, construimos, creamos siendo mujeres”.

Ella nos llevó a pensar que cuando las mujeres quedan fuera de los espacios del saber, quedan fuera también las posibilidades de cada una de sus propias historias.

Traerla a este capítulo es reconocer esa genealogía que une a tantas mujeres escritoras, a tantas mujeres del saber que desafiaron el silencio. Levantando esa ciudad con sus palabras nos recuerda que el saber no tiene dueño y que la palabra cuando se pronuncia con respeto y convicción, puede abrir caminos incluso en los lugares donde no parecía existir ninguno.

Dicen que recordar es volver a pasar por el corazón, es por eso que evocar a mujeres como Hipatia, Christine de Pizan, sor Juana o Montessori es una forma de mirar hacia atrás para entender mejor quiénes somos las mujeres de hoy.

No se trata de citar nombres por obligación o hacer una breve reseña histórica, sino reconocer sus vidas que, aún en tiempos difíciles, se animaron a escribir, enseñar, estudiar, abrirse caminos donde no los había. Cada una de ellas, desde su mundo y con sus propias luchas, dejaron una luz encendida que aún hoy nos ilumina.

Cuando volvemos a pasar por el corazón a estas mujeres, las volvemos a traer al presente y nos mueven algo adentro haciendo evidente que nada de lo que hoy damos por hecho o seguro fue luchado desde hace muchos años, por ellas y por otras tantas.

Y tal vez, nombrarlas hoy, ponerlas en palabras, nos ayuda a imaginar una sociedad más abierta, más justa, más agradecida y más capaz de valorar la diversidad que nos hace humanas.

## **La formación de maestras, la verdadera llave maestra**

La principal apertura vino aparejada del ingreso femenino a la escuela normal. La docencia entendida como “la segunda madre” permitió paulatinamente el acceso a la educación superior.

Impulsados por corrientes como el positivismo y el liberalismo a finales del siglo XIX, muchos gobiernos promovieron la educación de la mujer, pero con un objetivo muy específico: formar “madres republicanas” capaces de educar a ciudadanos útiles para la nueva nación. El resultado fue la expansión de la educación primaria y el otorgamiento del título de maestra normal, el bachillerato.

Una vez que obtenían el título de maestra, su preparación académica les permitía, legalmente, aspirar a mucho más.

## Las primeras cruzadas: polémicas y discusiones

La solicitud de ingreso a la universidad por parte de una mujer provocó verdaderos intensos debates en la prensa y en los círculos académicos y parlamentarios. En países como Argentina se desencadenó un avivado enfrentamiento entre los sectores liberales, que veían el progreso en la educación femenina, y los católicos conservadores, quienes advertían un peligro para la familia y los valores morales.

Se tejieron toda clase de argumentos pseudocientíficos, cuestionando si el cuerpo femenino estaba fisiológicamente capacitado para el esfuerzo intelectual. Se llegó a pensar que el estudio podría dañar sus órganos reproductivos o hacerlas “masculinas” y “anormales”.

La lucha de las pioneras no era solo por aprobar un examen, sino por demostrar su propia humanidad y capacidad intelectual ante un entorno social y cultural prejuicioso de las prácticas profesionales femeninas.

## Los estudios universitarios permitidos y sus pioneras

Cuando finalmente las universidades abrieron sus puertas, las mujeres se inclinaron inicialmente por aquellas carreras que la sociedad percibía como una extensión de sus roles de cuidado. Así, en medicina se aceptó que una mujer podía ser médica, pues la cura y el cuidado del enfermo respondían a su rol maternal. Las primeras doctoras, sin embargo, enfrentaron el rechazo de colegas y la incredulidad de la sociedad. Asimismo, obstetricia y farmacia eran profesiones consideradas de menor estatus social dentro del ámbito sanitario, aunque vitales.

América Latina cuenta con figuras icónicas en esta primera oleada, aunque provenientes de sectores económicamente acomodados. Mencionaremos algunas de aquellas mujeres en su lucha por participar en los estudios superiores.

En Argentina, en la década de 1880, se destacan Elida Passo, nacida en Buenos Aires, quien fue la primera farmacéutica argentina, y la icónica Cecilia Grierson, la primera médica (1889), que tuvo que escuchar de sus profesores que “la mujer no tiene porvenir en las ciencias”.

En Perú, el acceso fue más complicado y tardío, necesitando autorización del Congreso hasta principios del siglo XX, pero Laura Esther Rodríguez Dulanto se consolidó como la primera médica peruana.

En Uruguay, la lucha por el derecho al estudio y al voto encontró una aliada en Paulina Luisi, la primera médica uruguaya, quien fue una figura clave en la defensa de los derechos femeninos.

## Las mujeres y su derecho a estudiar derecho

Mientras medicina se abría lentamente, la Facultad de Derecho permaneció como un muro inexpugnable durante más tiempo. El obstáculo no era solo cultural o biológico, sino estrictamente legal. En muchos códigos civiles, las mujeres eran consideradas legalmente “incapaces” al igual que los menores, ciegos o sordomudos, y no podían representarse a sí mismas o ejercer profesiones que implicasen autoridad y gestión de bienes.

El ingreso pleno de la mujer al derecho y la posibilidad de ejercer como abogadas o notarias estuvo intrínsecamente ligado a la conquista de sus derechos civiles. Solo la promulgación de leyes que las equiparaban legalmente a los hombres adultos permitió su entrada y ejercicio profesional.

A María Angélica Barreda se la recuerda por ser la primera abogada de Argentina, recibida en 1910 en la Universidad Nacional de La Plata, sin embargo, no pudo ejercer argumentando que tenía una *capitis deminutio*, disminución por su naturaleza femenina. Finalmente, tras su lucha consiguió, luego de una causa judicial, poder ejercer su profesión.

## La matriculación y el techo de cristal

El verdadero ingreso masivo de la mujer a los claustros universitarios se dio después de la Segunda Guerra Mundial, consolidándose en las décadas del 50 y 60. La matrícula femenina creció de forma imparable al punto de que, a finales del siglo XX, en muchos países de la región, la mujer ya era mayoría en las aulas.

Este triunfo en la cantidad, sin embargo, trajo consigo una nueva forma de desigualdad: el “techo de cristal”. Aunque ingresaban y se graduaban en masa, las mujeres tendieron a concentrarse en ciencias sociales y humanas, como psicología, educación, filosofía, y áreas de cuidado como medicina —siendo reservada la cirugía para las profesiones varones en su mayoría—, bioquímica, nutrición y fonoaudiología, entre otras.

Sin embargo, la mujer seguía siendo minoría en las áreas más vinculadas al poder económico, político y tecnológico, como ingeniería, física y matemáticas, denominadas STEM.

La conquista y apropiación histórica por el acceso al aula universitaria se ha logrado, pero la lucha por la equidad en el poder y la toma de decisiones en la academia, la ciencia y la política aún continúa.

## Reflexiones finales

El arribo de las mujeres al mundo universitario fue, más que un simple acceso a las aulas, una irrupción en un territorio que durante siglos les había sido ajeno. No se trató solo de atravesar puertas físicas, sino de desafiar discursos, costumbres y mandatos que habían definido a la universidad como un espacio reservado para otros. Cada mujer que insistió en estudiar, que pidió ser admitida, que sostuvo su deseo frente a la burla o la desconfianza, abrió una grieta en ese muro que parecía inamovible.

Mirar hacia atrás permite entender que ese camino estuvo hecho de persistencias silenciosas y de luchas visibles, de pequeñas conquistas y de derrotas que, sin embargo, no lograron detener el avance. Aún hoy, cuando la presencia femenina en la educación superior es incuestionable, el recuerdo de esas dificultades invita a valorar lo mucho que costó llegar hasta aquí. Y, sobre todo, a reconocer que cada paso dado por aquellas pioneras no solo transformó su destino personal, sino que amplió el horizonte de posibilidades para quienes vendrían después. Su ingreso a la universidad no fue únicamente una victoria académica: fue un acto de libertad.

## Referencias

- Alic, M. (1991). *El legado de Hipatia. Historia de las mujeres desde la Antigüedad hasta fines del siglo XIX*. Siglo Veintiuno.
- Dzielska, M. (2004). *Hipatia de Alejandría. El ojo del tiempo*. Ediciones Siruela.
- De Stefano, C. (2020). *El niño es el maestro. La vida de María Montessori*. Lumen.

Kramer, R. (1984). *María Montessori. Bibliografía de una innovadora de la pedagogía*. SM.

Pizan, C. de (2019). *La ciudad de las damas*. Aka